
Capítulo XIII.

Donde se vé que el prestigio de Cortés le hacia salir victorioso en las circunstancias más difíciles de su vida.

Cristóbal de Tapia creyó que el mejor punto que debía elegir para el éxito de su empresa, era la Veracruz.

Abrigaba la esperanza de que allí encontraría amigos de Diego de Velazquez que le favoreciesen, y confiaba que en presentando los poderes que llevaba del arzobispo, todos se apresurarian á acatar sus órdenes.

Animado con estas creencias, llegó á Veracruz, y apenas dijo la mision que llevaba, le respondieron que no podian acatar sus órdenes.

—No reconocemos aquí,—le dijeron,—más autoridad que la de nuestro valiente caudillo Hernan Cor-

tés y creemos que en estos momentos está prestando grandes servicios al emperador y rey su señor.

Cristóbal de Tapia ocultó el enojo que le causaba aquella negativa, y preguntó dónde se hallaba el caudillo.

Le escribió en cuanto supo su paradero, anunciándole las órdenes que traía y su propósito de dirigirse á Méjico.

Cortés le respondió que se alegraba en extremo de su venida, porque le recordaba la buena amistad que les habia unido en otro tiempo, y añadía que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles se hallaban, como persona que se habia hallado en el cerco de Méjico.

Informó al fraile respecto á la conducta que habia de observar, y cuando se puso en marcha, reunió á los capitanes que habian sustituido á los nombrados gobernadores de las provincias conquistadas, y les dijo:

—Voy á salir al encuentro de Cristóbal de Tapia. Su venida á estas regiones y los poderes que trae, me hacen ver claramente que mi irreconciliable enemigo el arzobispo de Búrgos trata de arrebatarme la gloria de mi conquista. El monarca, estoy seguro de ello, es ajeno á estas intrigas, y yo no debo acatar órdenes dictadas por un ambicioso vulgar.

—Cierto es cuanto decís, y podeis contar con nosotros para todo. Apreciamos como nadie los triunfos que ha alcanzado vuestro poderoso genio; pero por la

misma razon vamos á haceros una súplica. No vayais al encuentro de ese miserable. Podriais dejaros llevar de vuestro impetuoso carácter, y dar márgen á que vuestros enemigos de España tomasen pretexto para desprestigiaros á los ojos del monarca.

—Pero es preciso de todo punto evitar que llegue á Méjico.

—Medios hay de conseguirlo. Enviad poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro de Melgarejo, para que todos juntos conferencien con Cristóbal de Tapia y le hagan desistir de sus descabellados planes.

Cortés acogió benévolamente aquella indicacion, y envió los poderes á sus amigos.

Hablaron estos con Tapia, y en la entrevista que celebraron se convenció el enviado del arzobispo de la imposibilidad de salir ventajoso en la lucha que se proponia sostener con el ilustre caudillo.

—Ved estos poderes que se me han conferido al venir aquí,—dijo Cristóbal de Tapia,—y sabreis que todos debeis acatar mis órdenes.

—Estais equivocado,—dijo Pedro de Alvarado;—aquí no reconocemos más autoridad que la de Cortés, y será en vano cuanto digais para persuadirnos á que os obedezcamos.

—Meditad en las palabras que acabais de pronunciar, porque tal vez sea tarde cuando os arrepintais de ellas.

—Tenemos la conciencia tranquila,—añadió Gon-

zalo de Sandoval,—y por lo tanto no nos asustan esas amenazas.

—Lo mejor que podeis hacer,—exclamó Diego de Soto,—es volveros por donde habeis venido.

—Si, si,—repuso Valdenebro;—de ese modo os evitareis algun disgusto.

—Sentiré que el tiempo os haga conocer lo imprudente de vuestra conducta,—se atrevió á decir Tapia.

Esto apuró la paciencia de los que le escuchaban.

—Idos cuanto antes,—exclamó Alvarado,—y no aguardéis á que os arrojemos inmediatamente. Bien se vé que las órdenes que traeis han sido dictadas por el despecho de ruines envidiosos; y además, sois indigno por todos conceptos de desempeñar el honroso cargo que se os ha conferido.

—La entereza con que el fiel amigo de Cortés pronunció estas palabras, hizo comprender al agente del obispo de Búrgos que nada conseguiria con insistir en sus proyectos.

Se despidió avergonzado por el mal éxito que habia obtenido sus gestiones, y se dirigió á Santo Domingo.

Allí tambien le recibieron de una manera hostil, y hasta le amenazaron por haber ido á turbar la tranquilidad del territorio, comprometiendo las conquistas que se habian llevado á cabo.

—Si no desistis de vuestra imprudente conducta,—le dijeron,—si os obstináis en permanecer en Nueva España, no os quejeis luego de lo que pueda sobrevenir. Ya os advertimos con tiempo.

Por entonces llegó allí Juan Bono de Quexo, que había ido en la expedición de Narvaez como contra-maestre de un buque, con despachos del obispo de Búrgos para Cristóbal de Tapia.

Llevaba cien cartas dirigidas á los principales jefes del ejército de Cortés, y decia en ellas que el rey estaba descontento de sus servicios, que deseaba regresara á España, que nombraba en su reemplazo á Cristóbal de Tapia, y que obtendrían grandes recompensas los que le acatasen como su único jefe.

También traía Juan Bono de Quexo una misiva para el ilustre Hernan Cortés, ofreciéndole grandes mercedes si entregaba el mando al protegido del arzobispo de Búrgos, amenazándole en caso contrario con el desagrado del emperador Carlos V.

Como siempre sucede, la codicia produjo sus fatales resultados.

Algunos se inclinaron á pasarse al partido del enemigo de Cortés, porque creían por este medio obtener pingües beneficios.

Sin embargo, Hernan Cortés pudo aún conjurar la tormenta.

No pudo, á su pesar, evitar que estas disensiones llegaran á oídos de los indios: y algunos de ellos, que no podían soportar el yugo de los españoles, se aprovecharon de aquella ocasión para sublevarse.

Los que primero se rebelaron fueron los cuixtecas y los de las provincias de Coazacoalco y Tabasco.

Cortés sintió aquella complicación que le obligaba de nuevo á derramar sangre.

No podía, sin embargo, el ilustre caudillo por medios conciliatorios atajar aquella rebelión, y apeló á las armas.

El escarmiento que sufrieron los revoltosos fué terrible.

Cortés, después de la victoria, se consagró con más actividad que nunca á consolidar la conquista, y á estudiar los medios de ponerse al abrigo de las asechanzas de sus incansables enemigos.

Capítulo XIV.

Abnegacion y amor.

A la llegada de Cristóbal de Tapia se proponia Cortés ir á Panuco.

Deseaba conquistar aquella provincia, y más que nada, vengar á los españoles asesinados por Nazatcotlan.

Pero por más que esto fuera lo que decia en público, la verdad era que obedecia á otros propósitos.

Sabia que Francisco de Garay tenia intenciones de apoderarse de Panuco.

Sabia tambien que en esta provincia abundaban las minas de oro y plata.

No ignoraba que Garay habia pedido auxilios á España, y que contaba con elementos suficientes para apoderarse de la ciudad.

Era preciso anticiparse á él, y conquistar y poblar aquel vasto territorio.

Marina tuvo ocasion de saber los proyectos del intrépido aventurero, y concibió un proyecto, que se apresuró á poner en práctica.

—Francisco de Garay,—exclamó,—trata de eclipsar la gloria de Cortés. Es cierto que cuenta con poderosos elementos, que puede, apresurando el golpe, dominar á la provincia de Panuco; pero yo tengo medios de destruir sus planes. Hablaré de Nazatcotlan, fingiré que estoy resentida con los españoles, que deseo su ruina; le pondré en guardia contra Francisco de Garay, conoceré todos los recursos que posea, avisaré á Hernan Cortés, él los utilizará, y con arreglo á ellos dispondrá su plan de ataque, y la victoria que alcance me la deberá á mí. Quiero demostrarle que, á pesar de su desvío, de su desamor, yo me desvivo siempre por servirle; quiero que vea que pago su desden con nuevos sacrificios. Ya que en su alma se ha extinguido el cariño que tan feliz me hacia, al ménos despertaré en él la gratitud, y mi hijo, mi desgraciado hijo, alcanzará de este modo que su padre vuelva los ojos hácia él.

Sin decir á nadie una palabra del proyecto que bullia en su mente, se dirigió á la choza que le servia de albergue.

Dejó en poder de dos indias de toda su confianza á su hijo, encargándoles que le cuidaran mucho, y confiando á una de ellas la noble mision de alimentarle durante su ausencia:

—Creo que pronto volveré,—añadió al despedirse de ellas;—prestad entre tanto á mi hijo los auxilios que reclama su estado, y á mi regreso pagaré con largueza cuanto hagais en su beneficio.

Dió mil besos al tierno infante, y un momento despues abandonó su albergue.

Marina conocia perfectamente aquel inmenso territorio, y por senderos y atajos se dirigió á la provincia de Panuco.

Animada por la esperanza de llegar cuanto antes al logro de sus deseos, caminaba día y noche sin notar apenas el cansancio.

Es increíble de lo que es capaz una mujer enamorada por el objeto de su cariño.

Sólo así se explica que se atreviera á arrastrar los peligros de aquella expedicion, teniendo que atravesar por en medio de selvas, en las que abundaban las fieras.

De cuando en cuando llegaba á sus oidos el eco que producía en las montañas el ruido del jaguar.

Silbidos extraños interrumpian el silencio de la noche, anunciando la proximidad de alguna culebra.

Marina, como si quisiese desafiar el peligro, proseguía su marcha, y parecia no preocuparse por cuanto pasaba en torno suyo.

Llegó por fin á Panuco, é inmediatamente se dirigió al palacio del cacique.

Conocía á Nazatcotlan; pero para presentarse á él necesitaba inventar una fábula.

El señor de Panuco sabia que la india era un po-

deroso auxiliar de los extranjeros, y era preciso á toda costa demostrarle que no era sincera su adhesion á los españoles.

Con la sagacidad que la distinguía, se presentó á Nazatcotlan.

Este la reconoció desde luego, y exclamó con cólera:

—¿Cómo te atreves á presentarte ante mi vista? ¿Crees que ignoro que tú has sido la causa de muchas desventuras que ha sufrido nuestra patria? Huye, huye de aquí, si no quieres sufrir las consecuencias de mi enojo.

—Vos, como todo el mundo,—exclamó la india,—me juzgais mal.

—¿Acaso tratas de justificar tu conducta?—exclamó Nazatcotlan, clavando su amenazadora mirada en Marina.

—No me condeneis sin oirme,—le dijo Marina con dulce voz.

—Vamos, concluye pronto; pero cuenta que si me engañas, que si sorprende en tí la menor falsedad, has de pagar muy caro los atentados que has cometido.

—Si te contara mi historia, se desvanecerian todas tus sospechas.

Sabrias que las circunstancias me han obligado á manifestarme amiga de los españoles, pero que siempre he abrigado la idea de que llegaría un día en que pudiera vengarme de sus maldades.

Pero no hablemos ahora de eso. Se trata de un

peligro grave que te amenaza, y yo he querido salvarte.

Estas palabras excitaron gran curiosidad en el cacique.

—¿Qué peligro es ese?—exclamó.

—He sabido que un español, llamado Francisco de Garay, se dirige hacia aquí con huestes numerosas. Trata de hacerse dueño de la provincia, y si lo consigue tus días están contados.

—No lo conseguirá jamás. Afortunadamente, tengo aun poderosas fuerzas que oponer á las suyas, y si se atreve á llegar á mis fronteras, le haré ver que aun alienta en nuestros pechos el amor á la independencia.

—Organizad vuestro ejército, sin embargo, para que no os sorprenda la llegada del de los extranjeros.

Marina, como habrán comprendido nuestros lectores, ideaba un plan diabólico.

Deseaba que se empeñase una sangrienta lucha entre el ejército de Francisco de Garay y el de Nezahcōtlan.

De este modo libraba á Hernan Cortés de dos poderosos enemigos.

El cacique no sospechó el lazo que le tendía la india, y activó los preparativos para la lucha.

Marina se hallaba poseída de una gran alegría al ver aproximarse el momento de la batalla.

Nezahcōtlan lo atribuía al desco que tenia de vengarse de los españoles.

La verdad era que la amante de Cortés veía en aquella guerra favorables consecuencias por el ilustre caudillo, y abrigaba la dulce esperanza de que al saber que sólo á ella debía aquellos beneficios, le devolvería el amor que constituía el único encanto de su vida.